

**LA TRAMA RELACIONAL DE LA PERIFERIA  
DE LA CIUDAD DE LA PLATA.  
LA FIGURACIÓN “ESTABLECIDOS-*OUTSIDERS*”  
REVISITADA**

Dr. Ramiro Segura  
Núcleo de Estudios Socioculturales (UNLP)  
Instituto de Altos Estudios Sociales (UNSAM)  
segura\_ramiro@hotmail.com<sup>1</sup>

**RESUMEN**

El artículo analiza las relaciones sociales que establecen los habitantes de un sector de la periferia de la ciudad de La Plata. Los resultados del trabajo etnográfico nos colocaron ante una paradoja: la existencia de una experiencia común entre los residentes de la periferia, a la vez que estos se perciben, clasifican y relacionan como grupos sociales distintos. Revisitar la figuración “establecidos y *outsiders*” propuesta por Norbert Elias permite comprender la paradoja y dialogar críticamente con dicha propuesta y sus usos habituales.

Palabras clave: periferia, figuración, clasificaciones, desdoblamiento.

**ABSTRACT**

The article analyzes the social relations between the inhabitants of an area on the periphery of the city of La Plata. The results of ethnographic work placed us with a paradox: the existence of a common experience among residents of the periphery, while they are perceived, categorized and listed as different social groups. Revisiting the “established and outsiders” figuration proposed by Norbert Elias for understanding the paradox and critically discuss the proposal and its common uses.

Keywords: periphery, figuration, classifications, cleavage.

---

<sup>1</sup> Fecha de realización: 18 de febrero de 2011. Fecha de aceptación: junio de 2011.

## INTRODUCCIÓN

En el presente artículo se analiza la trama relacional de un sector de la periferia urbana de la ciudad de La Plata a partir de los resultados del trabajo etnográfico realizado durante los años 2007 y 2008. Nos detendremos específicamente en las categorías de clasificación que utilizan sus residentes, en las relaciones que establecen a partir de las mismas y en la productividad social de dichas categorías y relaciones, en tanto no se limitan a describir o justificar una realidad preexistente sino que forman parte constitutiva de la realidad analizada. Desarrollaremos aquí un abordaje relacional de la vida social (Simmel 1986, Elias 2000) donde las categorías se piensan como productos de relaciones sociales que, en su modo de “trabajo” (Douglas y Hull 1992), establecen pertenencias, inclusiones y exclusiones, (re) produciendo desigualdades sociales (Tilly 2000).

Los resultados del trabajo de campo nos colocaron ante una “situación paradójica”: mientras, por un lado, identificamos en los relatos de los residentes un conjunto de expectativas, problemas y prácticas compartidas que remiten a una “experiencia común” vinculada con habitar la periferia<sup>2</sup>; por el otro, los pobladores de la periferia se perciben como formando parte de “grupos distintos” y se relacionan sobre la base de esas clasificaciones y categorías con que se distinguen. Es para entender esta dinámica que se revisita aquí la “figuración establecidos-*outsiders*” propuesta por Norbert Elias (1998, 2000): pensamos que “las condiciones y temporalidades diferenciales” en las que se produce ese habitar podrían ayudarnos a comprender la paradoja, a la vez que algunos resultados del caso estudiado nos permiten dialogar críticamente con la propuesta de Elias.

### LOS CAMBIANTES USOS DE *BARRIO*

La zona que actualmente se conoce como Altos de San Lorenzo se encuentra al sudeste del casco fundacional de la ciudad de La Plata y su población se estima cercana a los 40000 habitantes. Se trata del sector de la periferia urbana<sup>3</sup> consolidado de manera más tardía, que se localiza en el extremo opuesto al sector con mayor desarrollo de la ciudad, representado por el eje

---

<sup>2</sup> Los trazos de esa “experiencia común” (Caldeira 1984) son tópicos relativos a la migración hacia la ciudad, el sueño de un lugar propio, las múltiples dificultades vinculadas con la ausencia de infraestructura, los servicios deficientes, las largas distancias por cubrir para acceder al trabajo, la salud y la educación, y la historia del barrio como un paulatino progreso en el acceso a dichos bienes y servicios.

<sup>3</sup> En La Plata es posible identificar dos espacios urbanos contrastantes, el casco urbano fundacional y la periferia, separados por la ancha avenida de circunvalación. El contraste no es únicamente poblacional (menos de 200000 habitantes en el trazado fundacional, más de 400000 en la periferia) sino también urbanístico, administrativo y socioeconómico.

Buenos Aires-La Plata, donde hay enclaves de clases medias y medias altas. Su posición singular con respecto a la ciudad hace que se encuentre a un “costado” y “marginado” de las mayores inversiones urbanas y de las principales vías de comunicación. Comenzó a poblarse lentamente a partir de los años 1940 y 1950, producto de los primeros loteos, adquiridos, fundamentalmente, por empleados del ferrocarril (hasta la década de 1970, adyacente a la localidad, funcionó la Estación Central del Ferrocarril Provincial), trabajadores de los frigoríficos de Berisso y diversos cuentapropistas. Con la crisis del ferrocarril y los frigoríficos, la zona se estancó y, recién a partir de los años 90, su población y su entramado urbano se expandieron, fundamentalmente por la creación de asentamientos y barrios precarios. Contra lo que habitualmente se supone desde el sentido común de los habitantes de la ciudad, no se trata de un espacio homogéneo: es, por el contrario, un espacio heterogéneo, en el que las condiciones económicas, habitacionales y urbanas desmejoran a medida que uno se aleja de la avenida 72 (denominación que adquiere en ese tramo la avenida de Circunvalación, límite del trazado fundacional de la ciudad) hacia el espacio rural.

Más allá de las diferencias internas, el Centro Comunal Altos de San Lorenzo, creado por la Municipalidad en 1992, es una unidad territorial administrativa con límites claros y precisos, que se transformó, en un corto período de tiempo, en una categoría socio-espacial relevante para canalizar demandas y acceder a políticas sociales. En efecto, la política municipal de los años 90 intervino descentralizando y ordenando la periferia, conformando “espacios públicos locales”. Su relevancia queda de manifiesto en la rápida aceptación de la denominación “Altos de San Lorenzo” como nombre del “barrio”. Mientras hasta los años 90 proliferaban las denominaciones como “Circunvalación” (por la cercanía de una estación del ferrocarril), “Villa Lenzi” (debido a un antiguo club de la zona), “Elizalde” (otra estación de ferrocarril abandonada) o “Villa Elvira” (en referencia a la dueña de unos terrenos que luego fueron loteados), denominaciones todas que eran utilizadas por los residentes para denominar “su barrio”, en función de la cercanía de esos u otros hitos respecto de sus hogares, la “política de descentralización municipal” funcionó, a la vez, como una efectiva política de “territorialización de la periferia”, es decir, de construcción de unidades territoriales con las cuales se vinculan las personas que residen en ellas.

Como señaló Adrián Gorelik (1998) para la historia cultural de Buenos Aires, es necesario distinguir analíticamente entre “barrio” y “suburbio”: mientras el último término refiere a la expansión material y económica de la mancha urbana, el primero nos remite a la producción social y cultural de un territorio. Así, para las primeras décadas del siglo pasado, identifica “la conversión ‘silenciosa’ en el suburbio de manojos de vecindarios amorfos y semirrurales en el dispositivo cultural barrio, un espacio público de nuevo tipo y escala local” (18). Se trató de un “dispositivo cultural” en cuya producción se vieron involucrados múltiples actores e instituciones y cuyo resultado consistió, para la historia de Buenos Aires, en la reestructuración de “la identidad de los heterogéneos sectores populares en el suburbio” (273).

Diversos autores (Auyero 2001, Merklen 2005, Grimson 2009) han resaltado la persistencia, con flujos y reflujos, del barrio como “lugar político”.

Analizando la política municipal durante los años 90 en un partido del Gran Buenos Aires, Sabina Frederic (2009) sostuvo que, por medio de la creación de unidades barriales a través de las cuales debían circular bienes y servicios del Municipio hacia el barrio (y las demandas de este hacia aquel), se “tendía a recrear una nueva comunidad política de referencia denominada ‘el barrio’ y un nuevo actor político denominado ‘vecino’” (253), “barrio” donde los “vecinos” establecen relaciones de “vecindad”, categoría esta última que “imagina individuos iguales, fundidos en una comunión que no tiene lugar para la desigualdad” (260).

La política municipal de creación de Centros Comunales en la ciudad de La Plata retiene lo central de estos trazos. En primer lugar, la búsqueda de transformación de los suburbios y vecindarios periféricos, productos de la lenta y continua expansión de las últimas décadas en barrios, en espacios públicos locales y marcos de interlocución entre el gobierno municipal, las diversas organizaciones e instituciones barriales, y sus residentes<sup>4</sup>, a través de un conjunto de intervenciones, instituciones y políticas, como la conformación de Centros Comunales, el establecimiento de Delegaciones Municipales en cada centro, las políticas de Presupuesto Participativo, la consolidación de Mesas Barriales, las celebraciones de los aniversarios y la elaboración de historias locales, entre otras. En segundo lugar, se los imagina (y se los interpela) como comunidades homogéneas y, a la vez, singulares, donde las acciones de sus residentes y organizaciones deberían coincidir con los límites de tales unidades territoriales. Simultáneamente a este proceso, sabemos que, al interior del espacio local, generalmente no existe coincidencia entre los límites fijos de las unidades administrativas y políticas y aquellas delimitaciones realizadas por los actores sociales. Mientras los catastros tienen límites claros y estables, las fronteras de los barrios pueden ser claras o difusas, fijas o cambiantes, pueden generar consensos o disensos. La escala espacial a la que la categoría “barrio” hace referencia tampoco es única, y con el término se puede aludir desde localidades enteras hasta vecindarios de unas pocas cuadras. Como suele suceder, los sentidos atribuidos a la categoría dependen de la “lógica práctica de los actores sociales” y de los contextos de interacción en los que se encuentran insertos. Por esto, estaremos atentos a los cambiantes usos sociales de la categoría “barrio”, aquello que delimita y aquello a lo que se opone: ¿en qué situaciones y contextos relacionales la periferia aparece para los propios residentes como una unidad? y ¿en cuáles otras, por el contrario, emergen clivajes y diferenciaciones internas? Así, por medio del análisis del “uso nativo de la categoría socio-espacial barrio”, uso cambiante en cuanto a lo que incluye/excluye y a los atributos que lo caracterizarían, según los contextos y los actores involucrados, se trabaja aquí sobre el entrelazamiento de límites sociales y simbólicos que permite comprender la trama relacional de la periferia, mostrar la productividad de esa figuración social en lo que respecta no solo a

---

<sup>4</sup> Vale señalar que la política municipal no actúa sobre una materia inerte sino que en lo que hoy es Altos de San Lorenzo preexistían experiencias ricas, múltiples y diversas de organización social y de resolución de problemas urbanos, reestructuradas luego por la política municipal. Como mostraremos aquí, son estas experiencias previas sedimentadas las que ayudan a comprender la dinámica actual en el espacio local.

la legitimación sino también a la generación de desigualdades (Tilly 2000) y cuestionar la perspectiva dicotómica a la hora de pensar las relaciones entre establecidos y *outsiders*.

#### TIEMPO DE RESIDENCIA Y LÍMITES (SOCIALES Y SIMBÓLICOS)

La indagación en el proceso de ocupación de la zona permitió identificar “temporalidades (y condiciones materiales) diferenciales” en el proceso de llegada y establecimiento en la periferia que se traduce en una “fuerte correlación entre tiempo de residencia y condiciones de vida”, generando clivajes hacia el interior del espacio barrial y, en cierta medida, minimizando las posibilidades de articulación de la experiencia común de habitar la periferia. En su configuración socio-espacial actual es posible identificar tres sectores bien diferenciados.<sup>5</sup> Por un lado, lo que denominamos “sector 1”, en el que se verifica la mayor ocupación de las parcelas, conformadas por un tejido compacto y homogéneo que comprende una franja que va desde la avenida 72 a la calle 80 aproximadamente (extendiéndose en algunos tramos hasta la calle 82 y reduciéndose en otros hasta 76). Se trata de los primeros espacios ocupados de la zona, donde se localizan habitantes de clase media-baja y se concentran los comercios y las principales instituciones públicas (escuela, centros de salud y delegación municipal) y barriales (clubes y sociedades de fomento). Por otro, el sector 2 presenta un tejido residencial más abierto, con grandes vacíos urbanos que interrumpen la trama y asentamientos precarios. Este sector comprende el espacio delimitado entre la calle 80 y la avenida 90 y se encuentra aún en expansión, con la creación continua de nuevos asentamientos. Por último, el tercer sector puede caracterizarse como rural, ámbito sobre el cual presionan nuevas ocupaciones y usos de la tierra.

En su análisis de las relaciones entre residentes en una localidad obrera inglesa, Norbet Elias y John Scotson (2000) cuestionaron la habitual disociación entre estructura e historia y sostuvieron que “sin una referencia al desarrollo de Winston Parva, su estructura permanecería incomprensible. El esbozo de ese desarrollo fue parte integrante de la investigación sobre la estructura – sobre la configuración de la comunidad en un momento dado” (67, traducción propia). Comprender las relaciones sociales exigía “introducir el tiempo en la estructura”, siendo posible leer, en la lógica de funcionamiento de una figuración social sincrónica, procesos temporales relativos a la antigüedad y novedad de los grupos, sus efectos en la cohesión social diferencial y el impacto de dicha cohesión diferencial en las relaciones entre los miembros de los distintos grupos. Como es sabido, Elias y Scotson estudiaron una localidad en la cual no existían marcadas diferencias de clase, etnia o estatus entre las poblaciones

<sup>5</sup> Los datos socioeconómicos disponibles para el conjunto del centro comunal muestran un panorama no sólo peor que el del casco urbano sino también por debajo del promedio del partido. Si tomamos como indicador las Necesidades Básicas Insatisfechas (NBI), las mismas están presentes en el 22,5 % de la población de Altos de San Lorenzo, mientras esa cifra desciende a 12,8 % para el promedio del partido y sólo a 2,1 % de la población del casco. Más allá de este panorama general, en el caso específico de las NBI no habría que perder de vista los distintos sectores en que es posible dividir el Centro Comunal y la presencia diferencial del indicador en cada uno de dichos sectores.

de dos barrios obreros a simple vista muy similares y donde, sin embargo, los residentes de uno de los barrios (el más antiguo) se sentían miembros de un grupo superior al barrio vecino (el más reciente), a la vez que los residentes de este último barrio aceptaban pertenecer a un grupo de menor valía. Como señalaron estos autores, el tiempo de residencia es un factor de clasificación de familias y grupos bastante conocido en la investigación social; sin embargo, lo novedoso y “menos evidente es que esos términos [la antigüedad y la novedad] apuntan hacia diferencias específicas en la estructura de los grupos y que ese tipo de diferencia estructural desempeña un papel en su jerarquización” (53, traducción propia). En definitiva, lo relevante de su análisis no es que hayan encontrado un nuevo diacrítico (tiempo de residencia) a partir del cual los grupos y las personas se clasifican y se diferencian sino su señalamiento de que el tiempo de residencia se traducía en grados diferenciales de cohesión social de los grupos involucrados en la figuración estudiada, cohesión que se manifestaba en el monopolio de ciertas instituciones de la comunidad, la exclusión del acceso a las mismas a los recién llegados y la sanción, por parte de la comunidad sobre los miembros del grupo establecido, a que se relacionaran con los recién llegados más allá de la órbita laboral que efectivamente ambos grupos compartían.

Una referencia explícita a la estrategia analítica planteada por Elias (1998) se encuentra en la ya citada investigación de Frederic (2004). En la dinámica cotidiana de la localidad se asistía, según la autora, a “una de las relaciones más ríspidas de la vida urbana argentina, la existente entre *villeros* y *vecinos*” (86-87). La periferia “incluía un amplio espectro de situaciones irregulares en la tenencia de la tierra, que hacían de aquella un área homogénea, frente a la ausencia de tales problemas entre los vecinos del centro de la ciudad” (88). Nos encontramos aquí ante una estructura urbana del tipo centro y periferia que se correspondía con dos categorías de actores sociales, los vecinos y los villeros, donde “la permanencia –y su opuesto, la transitoriedad- era el criterio que organizaba la oposición” (88). Incluso cuando alguno de los residentes de la periferia tuviera más tiempo viviendo en el municipio que algunos vecinos del centro, “lo que prevalecía era que las frecuentes olas de recién llegados que integraban esta población, sumada a la irregularidad de la ocupación de las parcelas, abonaban la transitoriedad del conjunto como instrumento de estigmatización” (90).

En nuestro caso, no se trata exclusivamente de una representación externa: sabemos que, vista desde el centro de la ciudad, la periferia urbana es representada (habitualmente, de manera estereotipada y estigmatizante) como un área homogénea con un conjunto de problemáticas específicas y compartidas entre sus residentes. Simultáneamente, tanto por la interpelación que se realiza desde el gobierno local como por un conjunto de experiencias comunes, la sensación compartida por la totalidad de los habitantes de Altos de San Lorenzo, independientemente del sector donde residan, es que “viven afuera de la ciudad”. En efecto, los relatos obtenidos en múltiples situaciones durante el trabajo de campo nos permitieron identificar un “eje metafórico” (Silva 2000) que “opone el adentro y el afuera”, oposición que remite a la diferencia entre el asfalto y el barro, la ciudad y el barrio, el centro y el barrio. Alberto, de 42 años y

residente en el sector 1, señala que “una cosa es el barrio y otra cosa es La Plata. La Plata como ciudad para vivir me parece una ciudad preciosa, inigualable, salvo los cordones de pobreza, los cordones que están de la 72 para este lado, que es la frontera”. Aurora, una mujer de 65 años que llegó desde Misiones y lleva tres años viviendo en el sector 2, coincide: “está dividido, el centro es una cosa y el barrio es otra”, y Carlos, un hombre de 65 años que hace veinte reside en el sector 2, remarca la necesidad de “abrir la ciudad” porque “adentro” hay de todo y “afuera” no hay nada. De esta manera, la periferia como una unidad y la categoría “barrio” incluyendo a la totalidad de los residentes de Altos de San Lorenzo se define por la posición respecto de (o, mejor, por la oposición ante) “la ciudad”. Así, refiriéndose a un programa municipal de recolección de residuos y educación ambiental denominado “Ciudad Limpia”, Julio, un hombre de unos 50 años que desde que nació vive en el sector 1, señalaba: “dentro del casco es una cosa y fuera del casco es otra. Andá a 10 y 90, fijate los basurales que hay. Eso es todo contaminación. ¡Hay ratas, hay mugre! ¿Qué ciudad limpia? 72, 31, 32 y 1 [señala los límites del cuadrado fundacional] es ciudad limpia, lo otro no es ciudad limpia”.

Ahora bien, mientras respecto de la ciudad la periferia es percibida como una unidad, la trama relacional de la periferia no se agota en la lógica dicotómica que opone centro a periferia. Es precisamente cuando analizamos las relaciones cotidianas entre los pobladores de la periferia que surge la necesidad ir más allá de la oposición dicotómica, en tanto es posible advertir constantes desdoblamientos de una misma lógica, es decir, la replicación del mecanismo que opone lo establecido a lo *outsider* desde la oposición centro-periferia hacia el interior del espacio social de la periferia. Además, si bien la diferencia en el tiempo y las condiciones es utilizada para justificar el desplazamiento de los *outsiders*, las temporalidades diferenciales muchas veces dan cuenta de la desigualdad en las condiciones (y no sólo la justifican). En definitiva, consideramos que el tiempo de residencia (y la resultante cohesión diferencial de los grupos) puede ayudarnos a comprender no sólo las relaciones entre los residentes de los sectores 1 y 2, sino también las relaciones hacia el interior del sector 2 donde, al igual que entre los sectores 1 y 2, el tiempo de residencia se correlaciona positivamente con las condiciones de vida.

Retomando una de las hipótesis más productivas de Elias, proponemos que el tiempo diferencial ayuda a comprender y explicar las condiciones desiguales en tanto las relaciones (de poder) entre establecidos y *outsiders* sedimentan en instituciones, categorías y modos de relacionamiento que impactan en el acceso y la distribución de recursos y prestigio. A la vez, el caso estudiado se aleja del de Elias y Scotson, ya que el tiempo de residencia es una de las dimensiones presentes, mas no la única, ya que actúa, junto con otras, como las condiciones económicas y legales y la procedencia, en una compleja intersección entre límites sociales y simbólicos. Por esto, además de los “límites (*boundaries*) sociales”, en tanto formas objetivadas de diferencias sociales expresadas en el acceso y la distribución desigual de recursos y oportunidades (que en el caso del espacio urbano refiere al desigual acceso a la ciudad), debemos tener presente lo que Lamont y Molnár (2002) denominan “límites simbólicos”, es decir, las distinciones conceptuales realizadas por los actores sociales para categorizar

objetos, personas y prácticas, que mantienen relaciones complejas (refuerzo, inversión, cuestionamiento, etc.) con los límites sociales.

### ESTABLECIDOS Y *OUTSIDERS*. LAS RELACIONES ENTRE LOS SECTORES 1 y 2.

Comencemos por una escena reveladora, correspondiente a las asambleas del Presupuesto Participativo en Altos de San Lorenzo, cuya finalidad era que los vecinos pudieran discutir y definir las prioridades y el destino de parte de los recursos públicos. A lo largo de cuatro asambleas convocadas y coordinadas por funcionarios de la Municipalidad de La Plata, los vecinos discutieron, propusieron y votaron proyectos para su barrio. La escuela que se seleccionó para las asambleas se encuentra ubicada en la intersección de la avenida 19 y la calle 81, punto de discontinuidad urbanística importante, frontera material entre los sectores 1 y 2. La avenida 19 se urbanizó (doble mano, rambla, iluminación) desde 72 a 81 durante los años 90. Más allá de 81, la avenida 19 consiste en una estrecha calle de asfalto en mal estado que separa una zona de casas de material del reciente asentamiento que se extiende desde 19 hasta 15 y desde 81 hasta 90, conocido por muchos como “el barrio de los peruanos”. En las asambleas, fue posible identificar dos grupos de participantes, cada uno con su propio espacio en el salón de actos de la escuela. Por un lado, un grupo donde predominaban mujeres jóvenes con hijos, residentes en los asentamientos, que charlaban, habitualmente, sobre las carencias y los problemas que enfrentaban vinculados con la situación legal de los terrenos donde vivían y la ausencia de servicios básicos; por el otro, un grupo donde era predominante la presencia de varones y mujeres adultos, residentes en el sector 1 y que llegaron con la firme intención de pedir la realización de cloacas, una vieja demanda del Centro Comunal. Además de cierto desengaño inicial hacia el gobierno local por parte de la mayoría de los asistentes al ver lo exiguo del monto disponible y la imposibilidad de realizar las obras deseadas, las discusiones entre los participantes giraron en torno a los criterios de legitimidad para participar, proponer y votar proyectos, y la razón de ser de los proyectos: dónde, para quién y por qué hacerlos. De esta manera, mientras desde la municipalidad se apelaba a la idea de “comunidad” y a que sus miembros, “los vecinos”, participaran en pos de obtener mejoras para la misma, desde el punto de vista de los participantes se ponía en duda la existencia misma de la comunidad o, al menos, se discutían sus límites. Por un lado, emergían las diferencias entre establecidos y recién llegados (quienes vinieron más tarde y, para muchos de los primeros, quienes “fueron puestos” por los políticos), entre propietarios y ocupantes ilegales, entre quienes tributan y quienes no lo hacen, entre domiciliados y quienes carecen de domicilio legal, diferencias que se traducían en necesidades, demandas y urgencias también diferentes. Por otro lado, en vista a lo reducido del presupuesto, se abría el espacio para una discusión en torno a los criterios de distribución y acceso a los bienes municipales: ¿cuál debería ser el criterio por aplicar? ¿La necesidad? ¿El mérito? ¿La igualdad? ¿La antigüedad? Más allá de cómo se resuelvan estas cuestiones (probablemente, de manera contingente en cada situación específica), la escena descrita nos permite vislumbrar cierta

“dualidad en el espacio local”: por un lado, la efectiva relevancia de los Centros Comunales como marco de interlocución y espacio público local; por el otro, la multiplicidad de “espacios propios” al interior del Centro Comunal, con problemáticas específicas, que ponen en cuestión los criterios desde los cuales son interpelados por la política municipal (el barrio como una comunidad de vecinos básicamente iguales), instalando una disputa en torno a los criterios y la legitimidad para acceder a los recursos públicos.

Unos días después de la elección definitiva, entrevisté a Miguel, un comerciante que vive en el sector 1, y, al preguntarle sobre la experiencia, sostuvo:

M: Los del asentamiento querían que les pusieran las cloacas [sic], pero no, si no tenemos cloacas nosotros, de este lado, imaginate, que pagamos impuestos, menos ellos, un asentamiento, tienen que esperar, se va a hacer, no ahora.

R: ¿De este lado, cuál sería?

M: El de la 19 para acá, hasta 22, no tenés cloaca, entonces la gente se quejaba por eso, ‘cómo le van a hacer las cloacas a ustedes si nosotros no tenemos cloacas’. Pero bueno, hubo un acuerdo que se iban a hacer las cloacas a esta zona, hay que esperar... si nosotros acá estuvimos esperando 20 años, ellos tendrán que seguir esperando ¿viste? (*y se ríe*).

Las constantes referencias a la relación legal con la tierra (propietarios vs. intrusos), al pago de impuestos y, en la charla con Miguel, a “la espera” (Auyero y Swistun 2008) para acceder a los servicios, permiten vislumbrar que las clasificaciones no se reducen a los vínculos entre los residentes de ambos sectores sino también a las relaciones con el Estado. En este sentido, del relato de Miguel se desprende la alusión a una “desigualdad justa” entre los residentes de los sectores 1 y 2, ponderable en los tiempos de espera necesarios para acceder a la infraestructura urbana. Subyace, además, un proceso de construcción política de la antigüedad y el tiempo de residencia como motivo legitimante: si bien no todos los residentes del sector 1 están hace 20 años en el barrio y muchos de los residentes del sector 2 llevan más de una década viviendo ahí, el relato contrapone pobladores de larga data con recién llegados, donde las propias condiciones de vida de la mayoría de los residentes del sector 2 y la continua aparición de nuevos asentamientos colaboran con esta idea de transitoriedad y novedad.

En definitiva, si en relación con la ciudad la periferia es percibida como una unidad con problemáticas y experiencias comunes, en una situación de interacción como la descrita, en la que se discute cuáles son las prioridades de esa misma periferia en un contexto de escasez, se movilizan distinciones categoriales que buscan resolver problemas organizacionales (no hay financiamiento para la totalidad de los proyectos) estableciendo sistemas de cierre que reproducen la desigualdad entre categorías sociales (Tilly 2000).

## LOS ASENTAMIENTOS DESDE LA PERSPECTIVA DE LOS RESIDENTES DEL SECTOR 1

La primera reacción por parte de los residentes del sector 1 es el rechazo y la búsqueda de expulsión de los recién llegados. Sin embargo, cuando un asentamiento logra permanecer, comienzan a establecerse vínculos con sus residentes. Miguel cuenta la historia de un puntero local que “hizo un barrio, trajo gente, bolitas o peruanos ¿viste?, el barrio peruano le decimos. Trajo gente, armaron un barrio ahí atrás, en 19 entre 89 y 90. Ahora ya hace más o menos como un año que están ahí.” Cuando se establecieron, “estábamos como locos, inclusive fuimos a la comisaría, se hizo la denuncia, tenemos una vecina ahí frente a la escuela, ella estaba como loca, fue a hablar, inclusive se dedicó a buscar a los dueños de los terrenos, los encontró, pero los terrenos no les importaban. Pero bueno, como la gente empezó a trabajar, empezaron a hacerse las casitas, todo bien.” Y remarca: “pero estuvimos como un año yendo a la comisaría, yendo a todos lados para que los sacaran” porque la preocupación era “que fuera un barrio donde vivan los chorros, que hubiera droga, y la falta de luz, bueno ya nos sacaban la luz. Después pasó el tiempo, ya estamos acostumbrados.” De la indignación y rechazo inicial al acostumbramiento de la presencia de “ellos” cerca de “nosotros”, acostumbramiento que no supone ausencia de distinción ni de conflictos y que no reduce la desconfianza ni el temor. De hecho, la percepción de los residentes en el sector 1 es que la zona se transformó radicalmente con el establecimiento de los asentamientos a partir de la década de 1990. “El problema cambió (dice Adolfo, un hombre de 50 años que reside en el sector 1 y “trabaja socialmente” en el sector 2) con los asentamientos que se han ido armando. Lo que vemos es cada vez más violencia y robos, acá me han entrado un par de veces, por eso debimos poner reja.” A diferencia del pasado, “lo que vemos (sostiene Gabriela, de 38 años, cuyos padres fueron tempranos habitantes de la zona) es mucha gente extranjera, está “invadido por extranjeros”; antes, éramos todos argentinos y por ahí del interior de la provincia, pero ahora hay mucha gente extranjera.” En la misma dirección, Roberto, de 40 años, señala que “hace unos veinte años que *el clima empezó a cambiar*. La gente no encontró lugares más céntricos y empezó a asentarse” (la cursiva me pertenece). Ese proceso, al igual que lo que señalaban Adolfo y Gabriela, se manifiesta en cambios importantes en la sociabilidad barrial, como el desconocimiento y la desconfianza entre vecinos y el incremento de la inseguridad, el temor que Roberto denomina “la era de las rejas”: “primero empezaron las rejas de adelante, después las rejas en las ventanas, después venía uno y ponía reja en la claraboya del baño, después venía otro y ponía una reja detrás de la reja. Y acá se entraron a encerrar. Yo andaba con mucha tranquilidad por acá antes, ahora no”.

Los recuerdos de infancia de personas de distintas edades del sector 1, acerca de la zona ubicada más allá de la calle 80, nos ayudan a comprender cómo significan las transformaciones del barrio en las últimas décadas. Julio, de 58 años, recuerda que: “me gustaba mucho ir a cazar, a pescar, estaba lleno de mandarinas, sandías, íbamos a robar mandarinas y sandías. Sigue estando todavía el famoso terraplén del puente de fierro, sigue estando ahora habitado por villas y ese tipo de cosas, pero en esa época no había nada, todo virgen,

pasaba el tren por ahí. Nos íbamos ahí con los chicos del barrio, en bicicleta, caminando, como sea”. Los hijos de Ermelinda, una mujer de 77 años, narran historias similares. Marcelo, de 50 años, señala que “era una de las primeras excursiones que uno se animaba a hacer lejos. Era ir lejos. Íbamos caminando, no había habitantes permanentes en esa época, estaba el puente, la vía que todavía estaba en pie y nos divertíamos”. Y su hermano Roberto cuenta que “yo iba a cazar a Puente de Fierro con mis amigos. Esa zona era campo, yo corría liebres. Donde ahora hay asentamientos, yo corría liebres. Me cruzaba algún ciruja de vez en cuando pero la 90 no era una mugre como es ahora”.

De esta manera, para los residentes del sector 1 la consolidación de asentamientos precarios en la zona, que recuerdan como un espacio de recreación y aventura infantil, es la clave explicativa de los cambios en la sociabilidad cotidiana en el espacio barrial. A la vez, y de manera ciertamente paradójica, lo que, nostálgicamente, es recordado como un espacio de esparcimiento perdido por parte de los residentes del sector 1, es visto por los residentes del sector 2 como un terreno inhóspito (“todo campo, todo barro”), sobre el que tuvieron que trabajar y luchar constantemente para tornarlo habitable.

#### BARRIO Y ASENTAMIENTO

Hacia el interior del espacio barrial es posible identificar un primer gran clivaje que se condensa en “la oposición entre barrio y asentamiento”, que rápidamente remite a cuestiones económicas, de procedencia, de antigüedad en la residencia e, incluso, a diferencias conductuales y morales. A la vez que señala que “la 72 es un límite” que separa el casco urbano del barrio, Adolfo sostiene: “acá también estamos delimitados por zonas” y describe: “desde la 72 hasta la 80, 81 como máximo, y después de la 81 hasta 90. Aquellos [de 72 a 80] tienen más plata, estos [de 80 a 90] menos y los de allá al fondo no tienen nada, de la 90 para el fondo no hay nada de plata”. Para Adolfo, las diferencias socioeconómicas y urbanas se corresponderían, por un lado, con los “rasgos físicos” predominantes en cada sector, con la presencia de los “descendientes de europeos” en el espacio delimitado por 72 a 80 y con personas “de Bolivia o de Perú” en el espacio que se extiende hacia 90, hacia quienes “hay un rechazo bastante generalizado”; y, por el otro, con las “conductas”, ya que las personas que “viven hacia la 90 son las que tienen todo ese problema de alcoholismo y violencia familiar”. Incluso, para Adolfo, son estas conductas, más que las diferencias económicas, lo que “lleva a hacer esa separación” entre sectores. “Son *distintos los barrios*” (la cursiva me pertenece), sostiene Miguel en una dirección similar, y las diferencias estarían marcadas por el “nivel de gente”: “acá [entre 72 y 76] es un nivel más alto, allá [entre 76 y 80] es medio, y bueno, de 80 a 90 ya es bajo”. En esta última zona viven “inmigrantes que vienen del conurbano, muchos peruanos, muchos paraguayos, no hay un 10% argentino” y se encuentran “los focos” de peligro, “un semillero de delincuentes”.

De esta manera, ciertos límites sociales vinculados con el acceso desigual al espacio urbano son reforzados por límites simbólicos, que asocian de manera estable ciertos espacios físicos con un conjunto de características sociales y morales de aquellos que los habitan. La periferia se estructuraría en un

degradé continuo, desde el límite exterior de la ciudad (la avenida 72) “hacia atrás”, hacia “el fondo” (la avenida 90). El espacio barrial es percibido por los residentes del sector 1 como un desmejoramiento continuo de las condiciones de vida desde 72 hacia 90, a la vez que dicho degradé se correlaciona con la clase (media-baja), la situación legal de los terrenos (propietario-usurpador), la procedencia (argentino-extranjero), el tiempo de residencia (antiguo-reciente), la relación con el trabajo (trabajo-plan/ayuda) y las conductas y moralidad de sus residentes<sup>6</sup>. Así, muchos residentes en el sector 1 contraponen su experiencia de habitar la periferia, caracterizada por prolongados esfuerzos por trabajar, comprar un terreno, luchar y pagar por los servicios e infraestructura, con la experiencia de los residentes de los asentamientos, quienes, según su perspectiva, llegaron hace poco, son extranjeros, no pagaron por los terrenos que “usurparon” ni por los servicios de los que “se cuelgan” y, como si fuera poco, el Estado les da planes de desempleo y ayuda social. En efecto, es común observar entre los residentes del sector 1 cierta sensación de *injusticia* para con ellos que trabajan y pagan impuestos, sin recibir nada, a la vez que, desde su punto de vista, *recibir ayuda social del Estado* se relaciona con *ser del asentamiento*, conducta que funciona como otro diacrítico relevante en la sociabilidad barrial (la cursiva me pertenece). En este sentido, la situación ambivalente de personas, como Adolfo (reside en el sector 1, trabaja en políticas sociales en el sector 2), resulta sumamente iluminadora: “Los que trabajamos socialmente acá somos muy criticados, la crítica más habitual es que yo trabajo para ellos y que acá no arreglo las calles o por qué le pusiste la luz a ellos, me dicen, ellos tienen luz y a nosotros por ahí nos cortan la luz.”

#### NOSOTROS Y ELLOS

Los límites remiten a relaciones sociales (Simmel 1986), a los modos como las personas se clasifican e imaginan entre sí y a las formas en que se relacionan en virtud de tales clasificaciones e imaginarios. Las configuraciones espaciales (ellas mismas, objetivaciones del espacio social) participan de muchas maneras en la naturalización del espacio social y de las posiciones sociales de los agentes. Así, las oposiciones sociales objetivadas en el espacio en la forma de “barrio” y “asentamiento” tienden a reproducirse en el lenguaje y las prácticas como principios de visión y división (Bourdieu 2002), en definitiva, en categorías de percepción y clasificación de objetos, lugares y personas. De esta manera, las categorías espaciales (“barrio” y “asentamiento”) funcionan como categorías sociales que simbolizan las posiciones de cada uno de los actores en el espacio social, vinculan tales posiciones a dimensiones morales y organizan las relaciones entre los actores en clave de “nosotros-ellos”. En efecto, hacia el interior del espacio barrial, un conjunto de dimensiones como el acceso desigual

<sup>6</sup> No se trata, sin embargo, de sentidos fijos. Al contrario, nos encontramos con un conjunto de clasificaciones dicotómicas que son movilizadas por los actores sociales para caracterizar un mundo social no dicotómico. Como veremos más adelante, es factible encontrar muchas de estas mismas oposiciones utilizadas con sentidos diversos por los residentes del sector 2. Al respecto Michael Herzfeld (1995) ha señalado la relevancia que tienen en la observación etnográfica las oposiciones binarias, las cuales no deberían ser ignoradas debido a que entran en contradicción con las predilecciones ideológicas y teóricas de los investigadores. Por el contrario, estas son un indicador confiable de modos específicos de leer la desigualdad e, incluso, de justificarla.

a la ciudad, la situación legal de los terrenos, la procedencia, las relaciones con el Estado y el tiempo de residencia produce un modo de vincularse en clave establecidos-*outsiders*, en la cual los primeros se consideran superiores a los segundos y, de este modo, cuestionan tanto su establecimiento como su acceso a un conjunto de bienes y servicios urbanos.

Los residentes del sector 2 experimentan, cotidianamente, estas categorizaciones, las cuales no son propiedad exclusiva de su relación con los residentes del sector 1 sino que surgen también en otros espacios sociales distintos al residencial, como el trabajo y la escuela, entre otros. “A nosotros las personas de acá nos dicen villeros (relata Ester, quien junto con su marido Javier llegaron hace más de 10 años a La Plata procedentes de “la frontera”: Ester, de Villazón y Javier, de La Quiaca) y en la escuela a mi hija también le dicen villera. Porque a ella le preguntan ‘¿dónde vivís?’ y, al responder ‘en la 90’, le dicen ‘esta es villera, negrita villera’. Nos ven como eso acá”. Mónica, por su parte, remarca que, en distintas situaciones (cuando entra a un comercio, por ejemplo, o cuando pregunta algo en la calle), “siento que hay desconfianza, que nos miran con desconfianza”.

La existencia de límites no supone, sin embargo, ausencia de interacciones, así como atravesar un límite tampoco supone abolirlo (Barth 1977). Miguel condensa esta ambivalencia del límite al señalar los vínculos y los prejuicios: “son gente que viene a trabajar acá y se desconfía, ‘vienen del fondo’ dicen”. En efecto, muchos de los residentes en el fondo realizan changas en el sector 1 y los comercios del sector 1 trabajan con ellos. Sin embargo, la circulación por el espacio barrial es, básicamente, unidireccional. Son los habitantes del fondo quienes van hacia el sector 1, ya sea que tengan que atravesarlo para llegar al centro de la ciudad como para ir, especialmente, a dicho sector para conseguir alguna changa, consumir en los comercios de la zona o realizar algún trámite en la delegación comunal. El trayecto inverso no es habitual, rara vez los residentes del sector 1 van hacia el fondo, con la excepción de personas, como Adolfo, que trabajan en el lugar. Como reconocía Javier, un joven de 29 años, “yo me di cuenta de que había un asentamiento en 19 y 81 cuando fui a votar”. Ese asentamiento existe hace cinco años y se encuentra a escasa distancia de su casa.

“Barrio” y “asentamiento” remiten así menos a tipologías edilicias que a una lógica clasificatoria de espacios y personas basada en las relaciones sociales existentes. “Entre ser villero y ser del barrio, escribió Ratier (1991), se extiende una frontera no territorial sino social y simbólica” (9). Sin cuestionar esta afirmación, agregaríamos que tales fronteras sociales y simbólicas encuentran, habitualmente en el territorio (él mismo, producto de esas relaciones), algunos de los diacríticos en los cuales expresarse y fundamentarse. El espacio socialmente construido y significado no es secundario o ulterior a las relaciones sociales, ni tan solo escenario de las mismas, sino que es constitutivo de ellas: “el espacio es una prolongación de las propias personas” (Ingold 2000), que se ven a sí mismas y a los demás siendo del barrio o del asentamiento, de adelante o de atrás, espacios y localizaciones socialmente cargadas de sentidos vinculados con la clase social, la nacionalidad, las conductas y la moral, entre otras.

### LA FIGURACIÓN ESTABLECIDOS Y *OUTSIDERS* REVISITADA

Permítanme comenzar con una escena. Se trata, en realidad, de un relato (un montaje) de tres eventos cercanos en el tiempo y en el espacio: “¿tres días del niño en un mismo barrio?” Ese podría ser el título, pues esa fue precisamente mi pregunta. Al poco tiempo de trabajar en “el barrio” comencé a participar en la Asamblea de Puente de Fierro. Surgida a partir de una demanda puntual (la necesidad de jardines y colegios en el barrio), la asamblea se reúne semanalmente en uno de los comedores del barrio Puente de Fierro<sup>7</sup> y, en ella, participan personas que tienen comedores y son referentes políticos de la zona; efectores de políticas y programas sociales que dependen tanto de la provincia de Buenos Aires como de la Municipalidad de La Plata, como es el caso de profesionales del Centro de Prevención de las Adicciones (CPA), del Programa Barrio Adentro y del PROA del Ministerio de Desarrollo Social, del Centro de Orientación Familiar (COF) del Ministerio de Educación, del Hospital del Niños, entre otros; residentes del barrio que traen sus propuestas y problemas; militantes políticos y sociales; y antropólogos y otros científicos sociales, como yo. En los dos años en los que asistí a la asamblea, la participación tuvo sus picos y sus caídas en cantidad de personas e intensidad, pero el funcionamiento fue continuo, abordándose, además de la demanda educativa que le dio origen, diversos temas, como la seguridad, los jóvenes, los programas de capacitación y empleo, las becas, los trámites para obtener el DNI, entre otros. Además, la asamblea es un ámbito en el cual circula información sobre el barrio, los problemas de los vecinos y los programas y políticas públicas vigentes. Desde el punto de vista de muchos de los participantes, la asamblea es un intento por superar lo que diagnostican como “la fragmentación” existente en el barrio. Por esto, desde la asamblea se busca coordinar actividades conjuntas, que involucren a distintas zonas del barrio y, en el 2009, se editó el primer número de una revista barrial llamada precisamente *El Puente*, que hace alusión tanto al barrio como a la búsqueda de tender puentes entre sus residentes.

Fue en el marco de mi participación en la asamblea que asistí a la difusión y organización (luego participé) de tres eventos consecutivos para celebrar el día del niño. En primer lugar, María y Carlos, matrimonio procedente de Misiones, organizaron en “la canchita”<sup>8</sup> el día del niño. Si bien María y Carlos hace años que, a partir de donaciones de empresarios y políticos, festejan el día del niño (Carlos siempre relata que, en una oportunidad, consiguieron una gran carpa y salieron en TV por el programa de Tinelli), contaron en esta ocasión con el apoyo del Taller de Recreación que, semanalmente, organizan en el templo evangelista aledaño a la canchita los miembros del CPA y del mismo participaron algunos asiduos concurrentes a la asamblea. El festejo incluyó torneo de penales para los varones (el cual arbitré), concurso de baile para las mujeres y se cerró, en una fría y nublada tarde, con chocolate y torta para todos

<sup>7</sup> Es el asentamiento más antiguo de la zona (1994), emplazado en terrenos pertenecientes al ferrocarril. El nombre proviene de un antiguo puente ferroviario en desuso, adyacente al asentamiento.

<sup>8</sup> Con “la canchita” refieren a unas pocas manzanas en cuyo centro se encuentra una cancha de fútbol. A veces, se considera parte de Puente de Fierro y, en otras, un barrio distinto, ya que cuenta con sus propias organizaciones (incluido, un “templo evangélico”, en el que participan muchos de sus residentes) y la mayoría de sus habitantes proceden del Chaco.

los asistentes. Luego, al fin de semana siguiente, Ester y Javier celebraron en “la 90”<sup>9</sup> el día del niño con choripán, juegos, como la carrera de embolsados, el baile alrededor de la silla y partidos de fútbol (nuevamente, fui árbitro y, por momentos, jugador), cerrando el evento con chocolate, torta y juguetes de regalo para los chicos. En esta oportunidad, además de diversas donaciones de alimentos y juguetes, el evento contó con el apoyo de miembros del Programa Barrio Adentro, que, semanalmente, dictaba un taller de arte para los niños que concurren al comedor de Ester. Por último, al poco tiempo, en la placita de Puente de Fierro (29 y 89), con el apoyo del Foro de la Niñez de la CTA, se celebró nuevamente el día del niño, que incluyó empanadas (aprendí a hacer el repulgue), realizadas en el comedor de Rosa, juegos, obras de teatro y chocolate como cierre.

Si bien muchas de las personas que participábamos habitualmente de la asamblea estuvimos en los tres eventos, ni los chicos ni los adultos, salvo excepciones, fueron a más de uno. En el último de los tres eventos, estábamos charlando con Ester mientras comíamos unas empanadas y me dijo que, si bien estaba en el programa del evento, no creía que la banda “Charly y los pibes de la 90” (un grupo de música de chicos surgido a partir del taller que el Programa Barrio Adentro realiza en su comedor) toque pues va a ser difícil que los chicos de “su barrio” vengan. “¿Por qué?”, le pregunté inmediatamente, pues están a seis cuadras: “son dos barrios, son distintos y no se juntan”, me dice.

Habitualmente, los análisis se centran en la relación entre “establecidos” y quienes, desde el punto de vista de los establecidos, son “outsiders”. Este apartado hará foco precisamente en las relaciones entre estos últimos, mostrando la complejidad presente en las mismas, algo que se desprende de la escena anterior en la cual confluyen múltiples instituciones de gobierno, distintas organizaciones sociales y políticas, historias singulares de cada asentamiento y las relaciones cotidianas entre sus residentes. Dicha complejidad, que se aleja de visiones duales, fue señalada, para Buenos Aires, por Prévot Schapira (2001):

A la primera separación entre propietarios y no propietarios, que hace renacer el viejo temor por los villeros, se superponen múltiples fronteras en espacios considerados a menudo como homogéneos. Diferencias sutiles en el aspecto del barrio, las casas y el acceso a los servicios, son presentadas por los habitantes como signos de pertenencia o exclusión (...) Estas múltiples fronteras que atraviesan los espacios de la periferia y separan a los pobres de los menos pobres, a los villeros de los habitantes de los asentamientos, a los propietarios de los no propietarios, dando lugar a estrategias de esquivamiento, formas de territorialidad exacerbada y de identidad restringida (50).

<sup>9</sup> Nombre del asentamiento ubicado sobre la calle 90, en la intersección con las calles 19 a 22, creado en 2000. Si bien cercano en distancia física de Puente de Fierro, el trazado urbano se encuentra interrumpido entre ambos asentamientos por un descampado intransitable, lo que supone realizar un gran rodeo para llegar de un lugar a otro.

No solo mostraremos aquí la superposición de múltiples fronteras sino que el tiempo de residencia (y el distinto grado de organización resultante) juega un rol importante, tanto en la relación entre los asentamientos como hacia el interior de cada uno de ellos. Es decir, consideramos que existe una trama relacional, históricamente construida, que puede ayudarnos a comprender la proliferación de diferencias y límites, en un espacio considerado externamente como homogéneo.

#### TEMPORALIDADES (Y ORGANIZACIONES) DIFERENCIALES

Como se desprende de la escena anterior, el sector 2 se encuentra subdividido en distintos asentamientos. Adolfo lo describe sintéticamente: "Puente de Fierro abarcaría de 24 a 30 y de la 85 a la 90. Ese es un sector. La 90 es un barrio, es un asentamiento que va por toda la calle 90, desde 19 hasta la 22. A eso le llamamos la 90. Y después está el barrio Esperanza, en la zona que abarca de 19 a 15 y de 81 a 90". El momento en que los distintos asentamientos se establecieron parece ser el criterio fundamental para comprender la diferenciación entre ellos. En efecto, la diferencia temporal entre antiguos y nuevos asentamientos se traduce, generalmente, en una estructura organizacional diferencial, en una trama relacional singular y en un acceso desigual a infraestructura, servicios urbanos y políticas públicas. Así, Puente de Fierro, el primer asentamiento de la zona (1994), cuenta con una densidad organizacional mucho mayor que La Esperanza (2004), uno de los asentamientos recientes, en términos de presencia de organizaciones políticas, comedores comunitarios y vínculos con las instituciones públicas. Mientras en el primero existen al menos seis comedores, dos iglesias (una católica, otra evangélica), diversas organizaciones políticas pertenecientes al peronismo y la izquierda, y sólidos vínculos con distintos programas y políticas sociales de la provincia y el municipio, en el segundo sólo existen dos comedores bastante recientes y los efectores de políticas sociales están desplegando estrategias para establecer vínculos con las pocas organizaciones existentes y sus residentes. Estas diferencias se traducen en desigualdades significativas evidentes, en el acceso a planes y subsidios estatales, talleres para mujeres, niños y adolescentes, capacitaciones laborales y proyectos a largo plazo, como construir una escuela. A la vez (y por lo anterior) se observan marcadas diferencias en cuanto a infraestructura y servicios urbanos entre ambos asentamientos, presentando el primero asfalto en muchas de sus calles, luz y agua, mientras el segundo carece de calles y, solo recientemente, cuenta con dos canillas comunitarias para acceder al agua, después de que el incendio en una casilla provocara la muerte de una persona. Esta división entre asentamientos se reproduce, además, en diversas prácticas cotidianas y excepcionales, como las celebraciones del día del niño a las que nos referíamos en el inicio de este apartado.

#### CADA BARRIO TIENE SU FONDO

Además, hacia el interior de cada uno de estos asentamientos también existen marcadas diferencias, replicándose la lógica de la antigüedad y el fondo que se evidenciaba en las relaciones entre los residentes de los sectores 1 y 2. Es decir, los recién llegados a los asentamientos se ubican más lejos, hacia atrás, en el fondo, tienen peores condiciones de vida, mayores dificultades para

acceder a políticas sociales y las relaciones entre unos y otros son tensas. Nos encontramos una tarde en el comedor “Los chicos del Puente”, ubicado en 29 entre 87 y 88, charlando con los coordinadores Daniel y Mónica, quienes viven en el barrio desde hace más de 15 años. Hablan de que el barrio ha crecido mucho y sigue creciendo. Mónica señala que “el espacio de la 90 era todo un campo, ahora está lleno de casas”. Y Daniel acota que “no han cambiado nada, bah sí, algunas casitas sí, pero no como el crecimiento de *este barrio*, en ese sentido creció mucho, muchísimo” (la cursiva me pertenece). Además, señala Mónica, “el peligro está allá al fondo, en 27 y 89. Ahí han sido robados, han sido golpeados”.

Azucena, de 27 años, vive en Puente de Fierro desde hace 12 años y realiza la contraprestación por el plan que recibe en el comedor que coordinan Mónica y Daniel. Al igual que ellos, señala que “de 89 para allá son gente que vinieron después, porque, cuando me vine a vivir acá, de aquel lado no había nada, era todo campo. Y hace un año me fui a dar una vuelta, la primera vez que me fui para allá porque con todo lo que ocurría no iba, pasé por allá y no lo podía creer, está todo poblado”. Azucena vive en 29 entre 88 y 89, alrededor de cien metros de la 90 y doscientos de la 27, y nunca pasa por ahí porque es el barrio “que me da más miedo” ya que “que había chicos más peligrosos, también había robos, disparos”. Complementa señalando que “son todos conocidos entre ellos, del Chaco dicen que vinieron varias familias, hay unos misioneros que vinieron de varias familias, y están siempre juntos. A mí me dijeron que son peligrosos”.

De esta manera, dentro de *un mismo asentamiento* se señalan *barrios distintos*, referenciados por la antigüedad relativa, la posibilidad de progresar, la procedencia de sus residentes y las relaciones que los unen (la cursiva me pertenece). Nuevamente, una conjunción de límites sociales y simbólicos producen clivajes en personas que atravesaron (y atraviesan) una experiencia común vinculada con la producción de su hábitat y la figuración relacional (re) produce desigualdades en el acceso y distribución de recursos y prestigios.

#### LA IMAGEN DE SÍ

Elias y Scotson (2000) señalaron la tendencia por parte de los *outsiders* a aceptar como verdadera la imagen que de ellos construyen los establecidos. Sin embargo, esta situación corresponde, en nuestro caso, solo a situaciones específicas; es más generalizado y habitual, en cambio, que la imagen que los residentes del sector 2 construyen de sí mismos y de los demás se encuentre atravesada por la ambivalencia. En efecto, la mayor parte de los residentes señala, como hace Víctor, migrante procedente de Perú, acerca del asentamiento donde vive, que “la gran mayoría es gente de trabajo, hay solo una zona que tiene tres o cuatro casas que desgraciadamente se juntan chicos que no tienen otra cosa que hacer”. En la misma dirección, durante un charla en el comedor de Puente de Fierro, Daniel sostiene: “la mayoría de la gente es laboradora” y Mónica coincide: “acá sí, eso es lo que tiene, la mayoría son de provincia y trabajadora. Y la minoría, son poquitos, pero hacen mucha bulla”. De esta manera, en términos generales, sostienen una imagen positiva del sí mismo y de sus vecinos, a la vez que señalan “una minoría de los peores”, bastante reducida y acotada espacialmente, pero visible y ruidosa, con la que generalmente la gente del afuera suele asociar al barrio.

Movilizando las mismas categorías que los residentes del sector 1 pero invirtiendo su sentido, Víctor señala que “al menos en la zona en que estoy yo, de 81 a 85 y de 15 a 17, la gran mayoría somos extranjeros y todo el mundo se da cuenta que somos extranjeros y nos tratan como extranjeros”, al tiempo que remarca que el barrio “puede salir adelante y va salir de hecho, al ser la gran mayoría gente de trabajo, al ser la gran mayoría también extranjero, es como que anhelan tener lo suyo, no quieren las cosas de arriba, inclusive queremos comprar un terreno, no es que queramos que nos lo regalen, lo queremos pagar, que nos pongan el precio, nosotros lo pagamos, que nos den facilidades”. Me dice que el asentamiento avanza día a día: “si tú vas un día y vuelves en una semana vas a ver que algo cambió, no somos gente que se queda en lo que está, que vive, no es por nada, pero que vive así, digamos del plan social. No, si tu vas y preguntas en el barrio, si bien hay gente que vive del plan social, la mayoría son gente que vive de su trabajo”. Se invierte la valía de las categorías: la condición de extranjería es, en lugar de fuente de peligro, clave de progreso y de capacidad de trabajo. En otras oportunidades, se cuestionan asociaciones habituales más o menos naturalizadas. Aurora cuenta que, durante una capacitación en un comedor del barrio, una de las talleristas se refería a los chicos como “los del barrio, los negritos” y ella le dijo: “se equivoca, porque muchas veces puede haber negritos y muchos maleducados pero no hace falta tener plata y vivir en el centro para ser educado’. Muchos lo piensan ¿viste? Como en las charlas en el San Juan de Dios, donde una doctora dijo ‘los mocosos del barrio’ cuando hablábamos de las adicciones y yo le dije ‘no hace falta ser del barrio para ser adicto’.”

En las únicas situaciones donde asistimos a la aceptación de una imagen de sí acorde con la que señalan los establecidos fue entre los residentes de la zona de la 90, el fondo de los asentamientos de Puente de Fierro y la canchita. La imagen que presentan de sí mismos es la de anomia generalizada y sin pertenencia con el lugar. “Nos robamos mutuamente loco, entre vecinos (me cuenta Claudia, una joven de 27 años, madre de cinco chicos, que se dedica al cirujeo). A mí me costó ese lavarropas y que venga el vecino y te lo robe por 50 pesos para comprarse falopa te da por las bolas. Duele porque te roban los propios vecinos, andá a robar a otro lado, o no sé, o andá a mendigar.” De la misma manera, Zulema, una mujer de 50 años procedente de Chaco, sostenía: “no me gusta nada de este lugar, pero estoy porque no puedo comprarme algo mejor y más al centro. No me gusta este barrio, no me gusta ni para mí ni para mis hijos pero ¿qué va a hacer? Es lo que hay.”

Sin dudas, esto se debe a una combinación de diversos factores. Se trata de los asentamientos (y porciones de algunos asentamientos preexistentes) más recientes, con las peores condiciones socioeconómicas y habitacionales, donde sus residentes carecen de vínculos fuertes tanto con las organizaciones y residentes más antiguos (quienes los ven como recién llegados y, como mostramos, les temen y los evitan) como entre ellos. En esta situación, quizá transitoria, es sumamente difícil establecer un sentido de pertenencia con el lugar, se exagera la tendencia a diferenciarse de sus vecinos y la única alternativa deseable, mas no posible, es la huida.

Wacquant (2007) ha señalado que la estigmatización territorial produce efectos similares entre los residentes de configuraciones socio-espaciales distintas (el gueto negro y el cinturón rojo) vinculados con la tendencia a la diferenciación, fenómeno que mina la cohesión y la solidaridad internas. A partir del análisis de barrios carenciados de Suecia, Jorgensen (2010) mostró, en cambio, que barrios similares, en términos de condiciones materiales de vida, son disímiles si tomamos en cuenta el sentido de pertenencia de sus residentes, lo que lo llevó a preguntarse por “la conexión entre la calidad de los vínculos sociales locales y el sentido de pertenencia” (7), concluyendo que “la movilidad y los patrones de movimiento son factores muy importantes para comprender las condiciones de cohesión social y comunidad en barrios pobres” (14-15, traducción propia).

Al respecto, nuestro caso muestra la necesaria relativización o matización de dos ideas habituales. Por un lado, la que sostiene que los *outsiders* necesariamente reproducen y aceptan como propia la imagen que de ellos construyen los establecidos; por otro, la que sostiene que el estigma que sobre ellos recae conduce inevitablemente al incremento de la diferenciación y conflictividad interna, minando la cohesión grupal. Por supuesto, decimos matizar y no descartar, ya que, indudablemente, la imagen que sobre ellos construyen los establecidos los interpela. En nuestro caso, la imagen de sí, resultante de ese diálogo tenso, es, en la mayor parte de las situaciones, ambivalente. Solo en ciertas condiciones específicas (los grupos de residentes más recientes, en las peores condiciones económicas y habitacionales, y sin vínculos tanto con las organizaciones y residentes más antiguos como entre ellos) esa imagen se acepta como propia y sus efectos (diferenciación, falta de cohesión y de apego al lugar) se manifiestan plenamente.

#### DEL BINARISMO AL DESDOBLAMIENTO

De las dinámicas analizadas surge la necesidad de reflexionar acerca de los usos habituales de la figuración “establecidos-*outsiders*”, básicamente por dos motivos. En primer lugar, porque, si bien desde la perspectiva dominante en el sector 1, lo que caracterizaría al sector 2 sería la de tratarse de un grupo de personas de otra clase social y nacionalidad, con comportamientos y conductas que se relacionarían con la desorganización social y la anomia (el alcoholismo y la violencia familiar que señalaba Adolfo, un “semillero de delincuentes”, como lo describía Miguel), los residentes de tal sector cuestionan aquella caracterización, a la vez que son un grupo solo desde el punto de vista de los residentes del sector 1, ya que, en su dinámica, se identifican múltiples organizaciones y diferenciaciones. En segundo lugar, lo que nuestro caso ilumina es que, como bien marcaba Elias, el clivaje percibido en Winston Parva no hablaba de divisiones perennes, relativas a las cualidades innatas de cada grupo, sino de relaciones sociales entre los grupos dentro de una figuración social. Revisitar la “figuración establecidos y *outsiders*” permitiría, entonces, reafirmar la tesis de Elias saliendo del binarismo con el que a veces se la asocia. Como sostiene Antonádia Borges (2009), “a semejanza del principio segmentario construido por Evans-Pritchard a partir de la etnografía con los

Nuer, la oposición entre establecidos y *outsiders* se desdobra constantemente, orientando en cada nueva relación la forma como los agentes se comprometen con el mundo que los rodea” (304). Es decir, al interior del sector 2, tanto en las relaciones entre residentes de asentamientos antiguos y recientes como al interior de cada uno de los asentamientos en la oposición entre delante y fondo, es posible identificar cómo se desdobra la oposición fundamental identificada por Elias. Así como en la “lógica segmentaria” descrita por Evans-Pritchard (1997) los segmentos solo existen como “unidad categorial” cuando se oponen a un segmento externo, para luego hacia el interior dividirse en segmentos antagónicos, la periferia es una solo con respecto a la ciudad, así como el sector 2 lo es solo con respecto al sector 1. En la cotidianeidad emergen otros clivajes, otras disputas, comprensibles a partir de la noción de desdoblamiento de la figuración “establecido-*outsider*”, mecanismo por medio del cual se movilizan las mismas categorías binarias (antiguo-reciente, delante-fondo, etc.) para aplicarlas en otros marcos relacionales

#### EPÍLOGO. HACIA UNA LÓGICA DE LA HETEROGENEIDAD

Con el presente análisis de la trama relacional de la periferia se buscó no solo cuestionar la mirada exterior acerca de dicho espacio sino también identificar la “lógica de la heterogeneidad” (Grimson 2007) que organiza el espacio barrial. Es decir, no se trató únicamente de contraponer a una mirada homogeneizadora otra que enfatizara la proliferación de las diferencias y las heterogeneidades; en su lugar, se buscó comprender el modo y los criterios en base a los cuales los actores se identifican y diferencian recíprocamente, así como señalar la productividad y efectos de dicha lógica.

Desde nuestra perspectiva, las diferenciaciones entre personas que han atravesado una experiencia común en las formas de llegar, establecerse y vivir en la ciudad se comprenden si introducimos las relaciones sociales y el tiempo. Por un lado, los residentes de los distintos sectores de la periferia han pasado por experiencias similares vinculadas con habitar la periferia en momentos distintos y se han sustentado en vínculos como la participación en organizaciones políticas y sociales y el establecimiento de relaciones de parentesco y de vecindad diferentes. Por el otro, las diferencias temporales se traducen en diferencias organizacionales y, consecuentemente, en acceso desigual a terrenos, infraestructura y servicios urbanos, y a los beneficios de las políticas sociales, desigualdad que reproduce las diferencias entre los grupos. Así, los relatos sobre el establecimiento en la periferia tienen fuertes paralelismos y posibilidades de articulación cuando el espacio periférico se opone a “la ciudad”, a la vez que la vida cotidiana en el espacio barrial remite a posiciones diferenciales y a redes de relaciones distintas que tienen como resultado que las personas se piensen como miembros de grupos distintos, se relacionen en la clave nosotros-ellos y, en tales relaciones, se (re)produzcan desigualdades en el acceso y distribución de recursos y también de prestigio.

Al respecto, la figuración “establecidos-*outsiders*” se mostró fructífera para analizar dicha dinámica si, antes que binaria y estática, se la piensa como una oposición que se desdobra según los contextos de interacción y los actores

involucrados. Así, mientras en ciertos contextos (específicamente cuando se la piensa en relación al centro de la ciudad), la periferia es para sus residentes un espacio único con ciertos problemas y carencias compartidas, en otras situaciones de la vida cotidiana en la periferia asistimos a la “multiplicación de espacios en un lugar restringido”. Por ejemplo, el clivaje que opuso a los residentes de los sectores 1 y 2 en términos de barrio y asentamiento (y también: propietarios-ilegales, argentinos-extranjeros, antiguos-recién llegados) cuando se discutían los criterios para distribuir recursos en el marco de las asambleas del Presupuesto Participativo o, incluso, las distinciones similares que se verifican hacia el interior del sector 2, tanto entre asentamientos como al interior de cada uno de ellos. De esta manera, podemos pensar el “desdoblamiento” como un mecanismo por medio del cual se movilizan las mismas categorías binarias para aplicarlas a distintos marcos relacionales.

## BIBLIOGRAFÍA

- AUYERO, J. (2001). *La política de los pobres*. Buenos Aires. Manantial.
- AUYERO, J. y D. SWISTUN (2008). *Inflamable. Estudio del sufrimiento ambiental*. Buenos Aires. Paidós.
- BARTH, F. (1977). *Los grupos étnicos y sus fronteras*. México. FCE.
- BORGES, A. (2009). Vecinos. En A. Grimson, C. Ferraudi Curto y R. Segura (comp.), *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires* (pp.297-307). Buenos Aires: Prometeo.
- BOURDIEU, P. (2002). Efecto de lugar. En P. Bourdieu (Dir.), *La miseria del mundo* (pp. 119-124). México: FCE.
- CALDEIRA, T. (1984). *A política dos outros. O cotidiano dos moradores da periferia e o que pensan do poder e dos poderosos*. San Pablo. Editora Brasiliense.
- DOUGLAS, M. y D. HULL (1992). Introduction. En M. Douglas y D. Hull (Eds.), *How Classification Works. Nelson Goodman among the Social Sciences* (pp. 1-12). Edimburgo: Edinburgh University Press.
- ELIAS, N. (1998). Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados. En N. Elias, *La civilización de los padres y otros ensayos* (pp. 79-138). Bogotá: Norma.
- ELIAS, N. y J. SCOTSON (2000). *Os Estabelecidos e os Outsiders*. Río de Janeiro. Jorge Zahar Editor.
- EVANS-PRITCHAD, E.E (1997). *Los nuer*. Barcelona. Anagrama.
- FREDERIC, S. (2004). *Buenos vecinos, malos políticos. Moralidad y política en el gran Buenos Aires*. Buenos Aires. Prometeo.
- FREDERIC, Sabina (2009). Trabajo barrial, reconocimiento y desigualdad en Lomas de Zamora, 1990-2005. En A. Grimson, C. Ferraudi Curto y R. Segura (comp.), *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires* (pp. 249-266). Buenos Aires: Prometeo.
- GORELIK, A. (1998). *La grilla y el parque. Espacio público y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Buenos Aires. Universidad Nacional de Quilmes.
- GRIMSON, A. (2007). Introducción. En A. Grimson (comp.), *Pasiones*

*Nacionales. Política y cultura en Brasil y Argentina* (pp. 11-48). Buenos Aires: Edhasa.

GRIMSON, A. (2009). Introducción: clasificaciones espaciales y territorialización de la política en Buenos Aires. En A. Grimson, C. Ferraudi Curto y R. Segura (comp.), *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires* (pp.11-38). Buenos Aires: Prometeo.

HERZFIELD, M. (1995). Hellenism and Occidentalism: The Permutations of Performance in Greek Bourgeois Identity. En J. Carrier (ed.), *Occidentalism. Images of the west* (pp. 218-233). Oxford: Clarendon Press.

INGOLD, T. (2000). *The perception of the Environment: Essays of Livelihood, Dwelling and Skill*. London. Routledge.

JORGENSEN, A. (2010). The Sense of Belonging in New Urban Zones of Transition. *Current Sociology*, 58, pp. 3-23.

LAMONT, M. y V. MOLNÁR. (2002). The study of boundaries in the social sciences. *Annual review of Sociology*, 28, pp. 167-195.

MERKLEN, D. (2005). *Pobres Ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires. Editorial Gorla.

PREVOT-SCHAPIRA, M. (2001). Fragmentación espacial y social: conceptos y realidades. *Perfiles Latinoamericanos*, 19, pp. 33-56.

RATIER, H. (1991). *Villeros y villas miseria*. Buenos Aires. CEAL.

SILVA, A. (2000). *Imaginario Urbanos*. Bogotá. Tercer Mundo Editores.

SIMMEL, G. (1986). *Sociología 2. Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid. Alianza Editorial.

TILLY, C. (2000). *La desigualdad persistente*. Buenos Aires. Manantial.

WACQUANT, L. (2007). *Los condenados de la ciudad. Guetos, periferias y Estado*. Buenos Aires. Siglo XXI.